

# 1 **Moralización: cuando los que «imparten justicia» niegan la humanidad a otros y los demonizan**

*Jacques-Philippe Leyens*

---

## **CONTENIDOS**

1. LA NEGACIÓN DE LA HUMANIDAD
  2. MORALIZACIÓN Y VALORES
  3. MORALIZACIÓN Y RESPONSABILIDAD
  4. MORALIZACIÓN E IDENTIFICACIÓN ENDOGRUPAL
  5. RECAPITULACIÓN
  6. LA DEMONIZACIÓN DEL EXOGRUPO
- REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



La moralidad es, ciertamente, el valor humano más importante a la hora de juzgar la conducta y distinguir el bien del mal. Aunque tradicionalmente la sociabilidad y la competencia se han considerado las dimensiones centrales en la percepción de personas, los efectos de la moralidad han mostrado tener consecuencias aún mayores (Leach, Ellemers y Barreto, 2007). En la última década, la cuestión de la moralidad se ha comenzado a investigar cada vez con mayor intensidad (v.g., Brandt y Reyna, 2011; Haidt, 2010) y se ha convertido en objeto de atención tanto en el plano intrapersonal como en el interpersonal e intergrupar. Al mismo tiempo, se ha incrementado el interés por el estudio de la desvinculación moral (v.g. Bandura, 1999), bajo las etiquetas de exclusión social (Opatow, 2001) o deslegitimización (Bar-Tal, 1990). Brandt y Reyna (2011) así como Haidt y Algoe (2004), han propuesto una *scala naturae* de moralidad. Esta va desde el punto más alto, donde se encontrarían las deidades sobrenaturales, hasta el más bajo, donde se ubicaría el mal. Entre estos dos extremos ocuparían su lugar respectivo los animales, las personas y los privilegiados, como los miembros del endogrupo. Es una escala vertical que va de lo correcto a lo incorrecto, del bien al mal.

Este capítulo abordará no sólo la moralidad, sino también la moralización. Baron (2003) distingue entre la auténtica moralidad, que se aplica a la conducta de los otros de modo que sirva por igual a las metas de todos, y la moralización, que ocurre cuando una persona aplica las normas morales a la conducta de otros, de modo que favorezcan sus propias metas. La moralización es, por tanto, una regla de miras estrechas, que restringe más la conducta de un grupo de personas que la de otro. Hay que resaltar que lo que separa la moralización de la auténtica moralidad no es el contenido de las reglas, sino el alcance de su aplicación. Aunque los moralizadores afirmen estar siendo «justos y equitativos» -¿cómo podría ser de otro modo, y aún reclamar moralidad?- sus juicios revelan una ley para «mí» y «nosotros», y otra ley para «ellos» (Giner-Sorolla, Leidner, y Castano, 2012). Examinaremos cómo «los dispensadores de justicia» usan la moralización para negar la humanidad a otros y demonizarlos.

## LA NEGACIÓN DE LA HUMANIDAD

Se denomina *infrahumanización* a la negación de características específicamente humanas a un exogrupo, lo que significa que éste es percibido como más cercano a los animales que el endogrupo (Leyens et al., 2000, 2001, 2007). La *infrahumanización* ocurre de manera inconsciente. Las emociones secundarias —sentimientos en español o *sentiments* en francés— son específicamente humanas (por ejemplo, el amor, la admiración, el desprecio o la nostalgia), mientras que las emociones primarias son compartidas con otros animales (sorpresa, alegría, cólera, tristeza) —emociones en español o «*émotions*» en francés— (Demoulin et al., 2004). Numerosos estudios han puesto de manifiesto que las personas asignan o asocian más los sentimientos a su endogrupo que a los exogrupos, mientras que no existen diferencias cuando se trata de emociones primarias. Dado que éstas últimas no son específicamente humanas, los animales también pueden compartirlas. Por ejemplo, en un estudio de Boccato, Capozza, Falvo y Durante (2008), una pantalla de ordenador presentaba muy rápidamente nombres de emociones primarias o secundarias que iban seguidos de una cara blanca o de una cara negra. Los participantes blancos tenían que reaccionar a la cara pulsando la tecla apropiada del teclado. Tal como se esperaba, las personas que veían una emoción secundaria y una cara negra respondían con una lentitud significativamente mayor que cuando veían una cara blanca. No se encontraron diferencias en el caso de las emociones primarias.

La teoría de la mente apoya la hipótesis de que la moralidad (y, consiguientemente, la moralización) desempeña un papel en la *infrahumanización*. Gray, Gray y Wegner (2007, p. 619) encontraron que el concepto de mente descansa en dos dimensiones: agencia y experiencia. «La Agencia está ligada a la agencia moral y por tanto, a la responsabilidad, mientras que la Experiencia está vinculada a la paciencia moral y por tanto, a los derechos y los privilegios. Así pues, (...) los resultados revelan no sólo una dimensión de la percepción de la mente, sino dos, y muestran que estas dimensiones captan aspectos diferentes de la moralidad». Aunque no es ajena a la experiencia, la *infrahumanización* está especialmente ligada a la agencia y a la responsabilidad. Dicho de otro modo, la *infrahumanización*, como la agencia, representa los diferentes escalones que recorren las personas como agentes morales, desde lo muy moral, como Dios, a lo muy inmoral, como el Mal. Y esto afecta también a la experiencia. Las víctimas de la *infrahumanización* se perciben no sólo como limitadas en agencia sino también en experiencia. Los actos inmorales restringen la capacidad de responsabilidad de la víctima pero también la facultad de experimentar derechos o privilegios. Para Gray, Young y Waytz (2012), la moralidad es una díada que comprende agencia y experiencia. Esta perspectiva dual inspirará el resto del capítulo.

En este capítulo defenderemos la tesis según la cual, la *infrahumanización* representa la moralización que realiza el endogrupo y que ejerce un efecto sobre la percepción de

moralidad de sus *targets*. En otras palabras, por medio de la moralización las personas alteran la moralidad de sus exogrupos. En el estudio de Boccato et al. (2008) anteriormente citado, cabría inferir que los participantes han moralizado en contra de las personas negras. Sabemos que es difícil defender este punto teórico, dado que no existe una relación visible y consciente entre los participantes y los grupos presentados. Sin embargo, resumimos este tipo de investigación con toda intención, ya que pretendemos enfatizar que la infrahumanización tiene lugar, incluso cuando no hay una meta subyacente a las relaciones entre el endogrupo y un exogrupo, más allá de la mera diferenciación entre blancos y negros. En este sentido, no es raro encontrar infrahumanización del exogrupo en situaciones en las que no existe conflicto entre endo y exogrupo, como ocurre entre los belgas francófonos y los franceses (Demoulin et al., 2005). La ausencia de conflicto y la moralización no son incompatibles. En efecto, si seguimos el razonamiento de Gray et al. (2012), los miembros del endogrupo pueden estar convencidos —por medio de la moralización— de que la diferenciación entre su grupo y los otros es un signo de mayor humanidad y por tanto, de una mayor moralidad. Para hacer más convincente nuestro punto de vista, vamos a considerar el papel de la moralización en una serie de variables moderadoras de la infrahumanización.

## 2. MORALIZACIÓN Y VALORES

Con mucha frecuencia la infrahumanización está acompañada por la amenaza simbólica, es decir, por la percepción de diferencias en los valores culturales, especialmente los relativos a la educación y a la religión. La amenaza simbólica a menudo desempeña un papel de mediación entre los grupos étnicos y la infrahumanización. Desde la perspectiva de la moralización, esto se traduce en la percepción de que algunos grupos no tienen los valores adecuados, por lo que son considerados menos humanos que el endogrupo y se facilita su discriminación. En otras palabras, los grupos infrahumanizados se perciben con déficits en el plano de la moralidad.

El estudio de Pereira, Vala y Leyens (2009) llevado a cabo en Portugal, ilustra perfectamente estas ideas. En general, los portugueses tienen una actitud desfavorable hacia Turquía y no son favorables a la entrada de este país en la Comunidad Europea. Aprovechando este escenario, se crearon tres grupos de estudiantes portugueses. El primer grupo, recibió un artículo de una supuesta revista científica en el que se indicaba que el idioma turco no es diferente del de otros países europeos, en lo que se refiere al empleo de términos de emociones secundarias. Otro grupo leyó un artículo que afirmaba lo contrario, es decir, que el idioma turco carece de palabras para designar emociones secundarias. El tercer grupo, un grupo control, recibió un artículo neutral acerca del aprendizaje de dos lenguas. Los resultados mostraron una relación lineal

con la actitud hacia la adhesión de Turquía. Esta era más tolerada cuando las emociones secundarias eran semejantes y menos tolerada cuando se suponía que los turcos no tienen en su idioma términos para denominar emociones secundarias. El grupo control caía en medio de estos dos extremos. Los resultados mostraron la misma pauta para la amenaza simbólica. Un análisis mediacional reveló que las diferencias en la actitud hacia la entrada de Turquía en la Comunidad Europea se podían explicar por la fuerza de la amenaza simbólica. Esto implica que, cuanto más discrepemos de los valores morales del otro grupo, más nos opondremos a él. En el estudio que acabamos de comentar, se manipuló la infrahumanización. En cambio, esta será la variable dependiente en las investigaciones que comentaremos a continuación.

La dominancia social es otro de los factores vinculados a los valores que, probablemente, afectará a la infrahumanización. Individuos y grupos creen que existe una jerarquía de grupos, de tal modo que algunos de ellos se sitúan en la cima –los grupos dominantes– y otros en las posiciones más bajas. Estos últimos están dominados y estigmatizados por los más dominantes. La creencia en la existencia de esta jerarquía es una ideología que correlaciona de manera elevada y positiva con los valores conservadores y de manera elevada y negativa con los valores igualitarios (Sidanius y Pratto, 1999). Por ello, no es una sorpresa que las personas favorables a la dominancia social infrahumanicen a los inmigrantes pobres (Hodson, MacInnis y Costello, 2014). Tampoco es una sorpresa que las personas altas en SDO (Orientación a la Dominancia Social, por sus siglas en inglés) que se sienten amenazadas simbólicamente, se nieguen a ayudar a los grupos dominados (Costello y Hodson, 2010). De hecho, el círculo moral (Reed y Aquino, 2003), es decir, la importancia que tiene la moralidad para el Yo, es mucho menor en las personas con SDO elevada que en las personas con baja SDO (Bastian, Laham, Wilson, Haslam y Koval, 2011). Este último resultado constituye un fuerte apoyo a la hipótesis de que las personas aplican la moralidad de manera diferente en función del target, esto es, moralizan sobre otros y, en nombre de esta moralización, infrahumanizan a otras personas que ven cuestionada su moralidad. Realmente no es la moralidad de los exogrupos la que se debilita, sino su imagen ante aquellos grupos que les niegan cualidades específicamente humanas.

---

### 3. MORALIZACIÓN Y RESPONSABILIDAD

A las personas no les gusta sentirse moralmente responsables de sus malas acciones. Una forma de evitar este sentimiento desagradable es negar la propia culpa y atribuírsela a otros. Los miembros del endogrupo moralizarán la situación de tal manera que, finalmente, será el exogrupo quien acabe siendo responsable del daño sufrido. En tres estudios, Castano y Giner-Sorolla (2006) confirmaron que el exogrupo era in-

frahumanizado cuando el endogrupo era responsable del genocidio de uno de tres grupos diferentes: un grupo ficticio, Indios Americanos o Aborígenes Australianos. Sin embargo, no había infrahumanización cuando los genocidios eran atribuidos a causas ajenas al endogrupo. En este último caso, los miembros del endogrupo no se sentían responsables y, por lo tanto, no tenían necesidad de moralizar.

Tras el desastre causado por el huracán Katrina, se dio a personas blancas y negras la oportunidad de ayudar a un miembro del propio grupo étnico o a un miembro del exogrupo. Los participantes prefirieron ayudar al miembro de su endogrupo e infrahumanizaron al del exogrupo (Cuddy, Rock, y Norton, 2007). De nuevo, este resultado se puede atribuir al proceso de moralización. La ausencia de ayuda se justificaba por el hecho de que el exogrupo no era totalmente humano y en consecuencia, no completamente moral. En términos de Gray et al. (2012), éste había perdido su paciencia moral.

Osofsky, Bandura y Zimbardo (2005) trabajaron con tres categorías de guardas de prisiones. Uno de estos grupos era el encargado de ejecutar una sentencia de muerte; la tarea de otro grupo consistía en brindar apoyo a la familia y amigos del prisionero que iba a ser ejecutado; el tercer grupo no tenía ningún tipo de relación con la pena de muerte. Los investigadores midieron el grado en que las personas se sentían desvinculadas moralmente de la ejecución y deshumanizaban a las víctimas. Aun cuando ninguno de los tres grupos se sintió directamente responsable de la ejecución, dado que la decisión de aplicar la pena de muerte correspondía al jurado y a los jueces, los verdugos mostraron mayor desvinculación moral que los otros dos grupos. También fueron los que más infrahumanizaron a los prisioneros condenados a muerte. Estos resultados son claramente relevantes para la moralización. Para poder llevar a cabo correctamente su tarea, los verdugos deben albergar el sentimiento de que están actuando moralmente. La inmoralidad está del lado de los prisioneros, no del suyo. Al considerar que los prisioneros no son plenamente humanos, se les percibe carentes de esa moralidad.

La investigación de Goff, Eberhardt, Williams, y Jackson (2008) aporta otro ejemplo de moralización, en este caso mediante la negación de responsabilidad. Los participantes eran estudiantes blancos a los que se presentaba subliminalmente una imagen, bien de un mono o bien de un gran felino. Tras recibir el *priming*, veían una escena en la que varios policías golpeaban a una persona blanca o negra. Su tarea era decidir hasta qué punto era legítima la conducta de los policías. Los resultados fueron muy nítidos. Los actos de la policía eran mejor aceptados cuando el *priming* era la imagen de un mono y cuando la víctima era una persona negra. Estos resultados implican una asociación entre las personas negras y los monos; cuando tiene lugar esta asociación, el maltrato infligido a los negros se considera menos severo que el maltrato de los blancos y es esta asociación con los monos lo que infrahumaniza a los negros cuyas conductas merecen moralmente el castigo.

## 4. MORALIZACIÓN E IDENTIFICACIÓN ENDOGRUPAL

La identificación endogrupal es un (y tal vez «el») factor necesario para la ocurrencia de la infrahumanización. Si las personas no dan ningún valor a su grupo, es evidente que no tienen motivo para considerarlo más humano que otros grupos. Como veremos, la identificación con el endogrupo tiene diversas consecuencias.

En un estudio en el que se confrontaba a dos grupos sin historia de conflicto, en concreto, Italia y Alemania, Paladino et al. (2004) mostraron que las personas con elevada identificación con Italia «infrahumanizaban» más que los que tenían una baja identificación. Sin embargo, en este estudio los italianos con alta identificación no devaluaban al exogrupo alemán sino que «suprahumanizaban» al grupo italiano. De hecho, mientras que el número de emociones secundarias recibidas por el exogrupo no variaba en función de la identificación endogrupal, sí aumentaban las atribuidas al endogrupo cuando las personas tenían una elevada identificación con él. Pero la pauta de resultados es totalmente diferente cuando existe un conflicto entre los grupos. Gaunt (2009) realizó un estudio con adolescentes palestinos en el que el exogrupo era los judíos israelíes. Cuando los árabes no se identificaban con su grupo, no había diferencia entre los dos grupos en lo que respecta a las emociones secundarias. En cambio, cuando la identificación era elevada, los adolescentes palestinos incrementaban de forma extraordinaria la humanidad de su grupo, al mismo tiempo que infrahumanizaban fuertemente al grupo israelí. Estos dos conjuntos de resultados proporcionan evidencia de que la identificación endogrupal puede conducir a resultados muy diversos.

Esta distinción aparece también cuando se diferencia entre patriotismo y nacionalismo. Ser patriota significa un sentimiento positivo y una alta valoración del propio país. Lo mismo sucede con los nacionalistas, pero con el añadido de que el orgullo por el propio país va acompañado de una devaluación de otros países. En este sentido, Viki y Calitri (2008) encontraron que la infrahumanización correlaciona con el nacionalismo pero no con el patriotismo. Roccas, Klar y Liviatan (2006) trazaron una distinción parecida entre la vinculación al endogrupo y su glorificación. Los participantes eran israelíes a los que se daba la oportunidad de expresar culpa por las malas acciones realizadas contra los palestinos. Mientras que las personas que se sentían muy vinculadas a Israel expresaron su culpa, no sucedió lo mismo con aquellos que glorificaban a su país. Estos últimos no mostraron el sentimiento de culpa.

Obviamente, la moralización funciona de forma diferente para los patriotas y para los nacionalistas. Si nos referimos a la metáfora de Reed y Aquino (2003) relativa al círculo de la moralidad, los patriotas tendrían un círculo mucho más amplio, mientras que el de los nacionalistas sería mucho más restringido. Esta observación no es trivial.

Nos permite especular que los dos tipos de miembros del endogrupo, patriotas y nacionalistas, tienen el mismo círculo moral en lo que se refiere al propio grupo. Pero si bien los patriotas mantendrían el alcance de este círculo a la hora de incluir a los miembros del exogrupo, los nacionalistas les dejarían fuera. Esta aritmética no funciona para las personas que conceden importancia a su moralidad, tal como señalan Reed y Aquino (2003, p. 1283):

«La importancia que encierra para el Yo la identidad moral de la persona, entendida ésta como el grado en que la concepción del yo está organizada, privada y públicamente, en torno a la asociación con rasgos morales (Aquino y Reed, 2002), influye directamente en la relación yo-otros. (...) Cuando se pidió a los participantes que eligieran entre prestar más ayuda económica, bien a un endogrupo que lo merecía (el Fondo de Beneficencia de las Viudas e Hijos de la Policía y los Bomberos de Nueva York) o bien a un exogrupo, igualmente merecedor de la ayuda (mujeres y niños afganos), los participantes con una alta internalización de su identidad moral prefirieron extender su ayuda al exogrupo más distante socialmente. Estos resultados son una clara confirmación de la hipótesis del alcance del círculo moral, ya que implican una conducta real, que emerge incluso cuando las personas tienen que controlar una poderosa fuerza interna (la identidad americana) que, probablemente, motivará más la reducción que la expansión del alcance del círculo moral. Finalmente, parece que los resultados psicológicos de un círculo moral expansivo se aplican no sólo a las acciones positivas hacia el exogrupo, sino también a las reacciones negativas hacia los exogrupos que están vagamente asociados con un conflicto intergrupual saliente, e incluso a aquellos a los que se considera directamente responsables de causar daño al endogrupo».

Diversos estudios han confrontado la identificación endogrupal con el sentimiento de culpa por las malas acciones del pasado. En general, una alta identificación lleva a la negación de la culpa. Las personas con alta identificación no admiten que su grupo haya cometido actos inmorales; prefieren creer que fue el exogrupo quien se comportó de forma inmoral y que, por lo tanto, no merece el sentimiento de culpa de los miembros del endogrupo. Estos resultados no significan que la identificación sea totalmente ajena a la culpa. Por ejemplo, los políticos franceses reconocieron que el arresto en masa de los judíos en el Vel d'Hiv se debió a la colaboración de los franceses con los nazis. Estas personas muy identificadas reconocieron la culpa de su país, pero otras muchas personas, también de elevada identificación, estaban en desacuerdo con este punto de vista y argumentaban que el arresto no lo habían llevado a cabo personas «realmente» francesas, sino un pequeño grupo de colaboracionistas. Las mismas reacciones ambivalentes tuvieron lugar en Bélgica a la hora de reconocer la responsabilidad de los políticos y colonizadores belgas. Klein, Licata y Pierucci (2011) encontraron que, ni las personas con alta identificación ni las de baja identificación expresaron culpa, a diferencia de las personas moderadamente identificadas con Bélgica. Para las personas con baja identificación, lo que sucedió en el Congo no tenía importancia y

no se sentían culpables. Para las personas con elevada identificación, por el contrario, los sucesos congolesees eran muy significativos pero había que atribuirlos a los propios congolesees. Las personas moderadamente identificadas tenían la suficiente apertura de mente como para incluir a los congolesees en su círculo moral.

## 5. RECAPITULACIÓN

Los valores, la responsabilidad y la identificación endogrupal son tres factores fundamentales para los seres humanos. Dado que los grupos considerados en este capítulo no son necesariamente étnicos, no sería adecuado hablar de etnocentrismo; sería más exacto hablar de grupocentrismo, pero nos mantendremos fieles al trabajo clásico si bien bajo la premisa de que vamos más allá de la simple etnia. El concepto comprende tanto la superioridad del grupo como el altruismo grupal. La superioridad del grupo se relaciona con los exogrupos y el altruismo tiene que ver con el endogrupo. Las personas necesitan formar un grupo que tenga cohesión y que se base en la cooperación con el fin de sentirse superiores a otros grupos. Este altruismo explica el papel de la identificación endogrupal. Un grupo necesita valores consensuados que formen el cemento entre sus miembros. De hecho, los valores sirven como razones y justificaciones de los actos y metas de los grupos. Finalmente, la responsabilidad es, en cierta medida, un sinónimo de la razón; sólo a las personas a quienes se concede la facultad de razonar, se les atribuye la responsabilidad de sus acciones.

Se comprende que las posiciones en el grupo (identificación y responsabilidad) al igual que la razón de ser del grupo (valores y nacionalismo) son esenciales para sus miembros. Todo lo que signifique una amenaza para dichos elementos llevará a la moralización, es decir, a una escala distinta de moralidad para el endogrupo y para el exogrupo. Además, esta moralización adoptará la forma de infrahumanización. Esto es, el exogrupo se percibirá como menos humano que el endogrupo y esta negación de una humanidad plena también adoptará la forma de una moralidad reducida.

La moralización implica que el endogrupo es el personaje central, el protagonista. Desde esta perspectiva, que comparten Vaes, Leyens, Paladino y Miranda (2012), la infrahumanización se conceptualiza como algo impulsado y dirigido por el endogrupo, y no por el exogrupo. Es el endogrupo el que busca protección y defensa y estas razones explican por qué tiene lugar la infrahumanización. Esta perspectiva también explica que el endogrupo sea el responsable de la moralización de sus actos. Pero aún queda por responder la cuestión de si el exogrupo no desempeña también un papel crucial. En efecto, el exogrupo puede comportarse de tal modo que exija una reacción del endogrupo que, como consecuencia, se verá como moralizador. En otras palabras, el endogrupo podría no ser el actor, sino el reactor.

## 6. LA DEMONIZACIÓN DEL EXGRUPO

Al evocar actos de maldad, los psicólogos suelen citar a Milgram (1974) y a Zimbardo (2007). Lo que se enfatiza en estos estudios es la conducta de los participantes. Se considera un acto de maldad el hecho de haber estado dispuestos a aplicar 450 voltios a un extraño que suplicaba que se pusiera fin a la investigación y que luego guardaba silencio como si estuviera muerto. De forma parecida, los guardias, en la prisión ideada por Zimbardo, adoptaban conductas tan sádicas que se tuvo que detener la investigación al cabo de seis días en lugar de las dos semanas que se habían planeado. Aquí, de nuevo, el foco se sitúa sobre los participantes y sobre la situación. Los roles, guardias frente a prisioneros, habían determinado las conductas del mismo modo en que lo habían hecho en los estudios de Milgram, cuando el nivel de descarga variaba en función de la situación que favorecía la obediencia o bien incitaba a la rebelión. Una gran parte del éxito de esta serie de estudios se debe al extremismo de las reacciones de los participantes, pero no es la única razón. Los estudios se citan no sólo a causa de la inmoralidad de las acciones sino también porque, a primera vista, ilustran la banalidad del mal. Este último fenómeno va siempre unido a Hannah Arendt (1963) que usó esta expresión para describir a Eichmann tal como apareció ante sus ojos durante el juicio en Jerusalén. El retrato de Eichmann es el de un empleado modelo; si hubiese vivido en otro momento o en un contexto diferente, se lo habría seguido considerando como un empleado obediente, pero su obediencia habría sido totalmente ajena a la masacre de los judíos. Los participantes en los estudios de Milgram y Zimbardo se comparan a menudo con Eichmann. Milgram mostró que eran las circunstancias las que hacían oscilar la obediencia del 0% al 100% de las personas. Las situaciones afectaban también a la conducta de los participantes en el estudio de Zimbardo. Los roles, guardias o prisioneros, llevaron a las personas a convertirse en extraordinariamente hostiles o apáticos. En otras palabras, esto significa que un cambio en los roles habría producido una inversión de las conductas: los prisioneros apáticos habrían sido los guardias crueles y viceversa.

En lugar de examinar en detalle las acciones de los participantes, sugiero, en la línea de Reicher, Haslam y Rath (2008), que nos centremos en los responsables de estos estudios, es decir, en los experimentadores. Estos autores proponen investigar los actos de maldad desde el punto de vista del endogrupo. Esta fue la estrategia adoptada en la primera parte de este capítulo al revisar la negación de humanidad. Es coherente, por tanto, examinar la demonización también desde el punto de partida del endogrupo. El origen de los actos de maldad se encuentra en el endogrupo, es decir, en las personas que idearon los experimentos y en los lectores que adoptan el punto de vista de los investigadores. Es Milgram el que inventa las circunstancias conducentes a los actos extremos que causaron, a la misma vez, horror y fascinación en los lectores. Este mis-

mo autor quería estudiar la falta de respeto a las normas y exigió a sus estudiantes que pidiesen a una persona de edad avanzada sentada en el metro, que se levantara y cediese el asiento al estudiante. El estudio se abandonó cuando un estudiante desafió a Milgram y le pidió que hiciese él lo mismo. Tuve personalmente la oportunidad de preguntar a alguien que había trabajado con Milgram durante un año sabático, qué tipo de persona era. La respuesta fue muy diplomática: «Bueno, si conoces sus estudios te puedes imaginar a la persona». Durante el Experimento de la Prisión de Stanford, Zimbardo se incluyó a sí mismo en el campo de los guardias. Por ejemplo, cuando daba instrucciones a los guardias, usaba siempre el pronombre «nosotros». También él estaba fascinado por el guardia al que llamaban «John Wayne» porque era el líder de los guardias indeseables. Tras haber sido testigo de esta fascinación, Christine Maslach pidió el fin del estudio o el fin de su relación con Zimbardo. Tras muchas discusiones con otros supervisores del estudio, Zimbardo lo abandonó y, dándose cuenta *a posteriori* del peligro de su fascinación, extrajo las conclusiones que todavía guían su trabajo en las prisiones.

La maldad máxima se alcanza sin duda en los genocidios. Daré aquí un resumen de las principales ideas que se pueden encontrar en el primer libro de «Mein Kampf» (Hitler, 1924/1934). Dado que el libro se convirtió en la biblia de los Nazis, hay que aceptarlo como característico del endogrupo y no sólo como el producto de su principal autor, es decir, Hitler. Desde las primeras páginas, Hitler se presenta a sí mismo como un nacionalista y el endogrupo está conformado para él, por los territorios de habla alemana, es decir, Alemania y parte del Imperio Austro-Húngaro. Ya sabemos lo qué significa el nacionalismo y, por tanto, no resulta sorprendente que Hitler odie la mezcla de culturas del Imperio de Habsburgo, especialmente a los checos. Él quiere un pangermanismo y estas personas representan una raza. Al principio, Hitler no se opone a los judíos y admite que le avergüenza la discriminación de que son objeto. Cuando Hitler examina las condiciones del pangermanismo, encuentra fácilmente enemigos en el parlamento y en los periódicos donde, según él, se reúnen sólo mentirosos. Rápidamente se establece un vínculo con los judíos que son, en esencia, mentirosos y embusteros, cuyo único objetivo es explotar a los no judíos. A pesar de sus diversas apariencias (por ejemplo, ortodoxos o liberales), los judíos acumulan otro obstáculo importante para Hitler. Los judíos forman una raza, al igual que los arios (alemanes y anglosajones). Un judío siempre será un judío. Otro obstáculo de los judíos es que muchos de ellos son comunistas; por lo que representan la amenaza que viene del Este.

Desde el principio de su libro, cuando Hitler todavía está reconstruyendo su autobiografía, no duda acerca de los medios a utilizar para vencer al enemigo. Ahí anuncia qué es lo que se puede hacer a los enemigos de guerra o a los que amenacen a la raza aria. Mientras que es seguro que Mussolini había sido lector atento de la obra de Le

Bon «Psicología de las masas» (1895/2009), no tengo la certeza de que Hitler también lo haya sido, aunque sí estoy convencido de que compartía muchas de las ideas desarrolladas en el libro de Le Bon. Los discursos no tienen que despertar interés intelectual sino que tienen que hablar a las vísceras. Las ideas tienen que ser sencillas y repetitivas al mismo tiempo. No se pueden tolerar los matices y es aquí, donde hace la comparación con la Iglesia Católica. Años más tarde, Faucheux y Moscovici (1967) insistirán en que la consistencia de los grupos minoritarios ejerce un efecto sobre las mayorías (véase también Moscovici, 1979).

Es interesante examinar el desarrollo de las ideas de Hitler, tal y como se expresan en «Mein Kampf» (1924) a la luz de los cinco pasos propuestos por Reicher et al. (2008, p. 1326) para explicar el desarrollo del odio colectivo. Aquí están los pasos: «la creación de un endogrupo cohesivo por medio de la identificación social compartida; la exclusión de poblaciones específicas de este endogrupo; la definición del exogrupo como peligro para la existencia del endogrupo; la representación del endogrupo como el único grupo virtuoso; la celebración de la aniquilación del exogrupo como defensa de la virtud (del endogrupo)». Concluyen (p. 1327, cursiva en el original): «En cierto sentido, por tanto, nuestros cuatro primeros pasos (que conjuntamente, establecen la posibilidad de celebrar el «mal» – nuestro quinto y último paso) se pueden dividir en dos pares: *la definición del endogrupo y la exclusión del exogrupo; la amenaza del exogrupo y la virtud del endogrupo*. Cada par es interdependiente. Ninguno tiene prioridad lógica o temporal sobre el otro. Pero, precisamente porque, tanto en el mundo académico como en la sociedad en general, siempre se ha puesto el énfasis en el componente exogrupal, es demasiado fácil dar por sentado el componente endogrupal, lo que lleva a pasar por alto su importancia ideológica en el proceso de posibilitar el genocidio».

La identificación con un grupo cohesivo es evidente en la mente del joven Hitler. Esta identificación adopta inmediatamente la forma de nacionalismo. Gracias a su talento para la propaganda, conseguirá que sus seguidores se identifiquen también con un grupo cohesivo. Lo expresa con claridad cuando afirma que el grupo, como en el efecto «oveja negra» (Marques, Yzerbyt y Leyens, 1988), tiene que suprimir a las personas tibias e incompetentes a fin de no debilitar al partido. Se mostraba, incluso, favorable a la eliminación de los débiles mentales, aunque tuvo que interrumpir este programa ante las reacciones del pueblo y de la iglesia. Al mismo tiempo que define el endogrupo, propone eliminar a los subgrupos que describirá como exogrupos amenazantes. Los judíos son peligrosos, no sólo por su poder en la sociedad y en la prensa escrita, sino porque constituyen una raza, al igual que los arios, una raza de mentirosos que, según él, han conseguido infiltrarse en todas las sociedades y contaminarlas de arriba abajo, desde los políticos, en el parlamento, hasta las clases trabajadoras, con los comunistas. Por lo que se refiere a la virtud del endogrupo, Hitler es inagotable. Basta con reproducir una sola

de sus ideas «No fue casualidad que las primeras civilizaciones nacieran cuando los arios tropezaron con los pueblos inferiores, los dominaron y los sometieron a su voluntad. Fueron el primer instrumento técnico al servicio de una civilización naciente» (Hitler, 1934, p. 295, traducido de la edición francesa).

En relación con el quinto paso, la aniquilación del exogrupo amenazador, sería inútil, y tal vez insultante, decir más. Prefiero considerar las conclusiones de los autores ingleses. Ellos afirman, correctamente en mi opinión, que los pares «*definición endogrupal y exclusión exogrupal; amenaza exogrupal y virtud endogrupal*» son interdependientes pero que los académicos han insistido especialmente en el papel del exogrupo como fuente del mal. Me gustaría añadir que nosotros somos los responsables del contenido del par endogrupo-exogrupo. En otras palabras, somos nosotros quienes percibimos al endogrupo como virtuoso y al exogrupo como amenazante. Dadas las circunstancias, tal como nuestra pertenencia, o el punto de vista de jueces externos, los adjetivos podrían ser reemplazados fácilmente. De hecho, la oposición entre la amenaza del exogrupo y la virtud del endogrupo significa, con frecuencia, que es el virtuoso el que trae consigo el mal. Hitler estaba convencido de las virtudes de su endogrupo frente al de los judíos, a quienes veía como una raza de mentirosos malolientes causantes de la mediocridad del país y, por tanto, como un peligro para el potencial de la hegemonía pangermánica.

Baumeister (1997/1999) también reflexiona sobre la idea del endogrupo virtuoso y el exogrupo despreciable. Él insiste también en el hecho de que el mal no tiene que ser confundido con el exogrupo. El endogrupo puede muy bien desempeñar el papel del mal y Baumeister advierte al lector que todos, incluido él mismo, pueden comportarse con maldad. Observando la brecha (*gap* es el término original en el libro) que existe entre los sentimientos de las víctimas y de los malvados, él también se suma al tema de la moralización, aunque no le gusta mucho el término porque no desea que los asuntos morales perturben su examen de la maldad.

Los perpetradores del daño y las víctimas difieren enormemente en la percepción del daño causado. El caso de un pedófilo permite a Baumeister ilustrar su tesis: «Había sido entrenador en un gimnasio y en un centro escolar, y había abusado de unas dos docenas de niños, quizás más. Lo lamentaba; se disculpó ante las víctimas en una declaración ante el tribunal (...) Había pasado un par de meses en la cárcel y estaba listo para reanudar su vida normal, que incluía una terapia para “su problema”» (Baumeister, 1999, p. 18). La serenidad del abusador, que sólo tiene un «problema», contrasta con el sufrimiento permanente de las víctimas. El placer del pedófilo no era importante a sus ojos. Había sucedido hacía mucho tiempo, no tuvo una relación duradera, realmente el placer se había desvanecido desde hacía muchos años y, de esta forma, todo estaba de nuevo en orden. No consideraba el dolor que, en la mayoría de los casos, duró para siempre. El placer se va pero el dolor permanece.

Excepto en el sadismo, la maldad no se realiza sólo por diversión. Divertirse dando una paliza o matando a alguien forma parte del «mito de la maldad» (original en el libro), esto es, son creencias erróneas sobre las causas y consecuencias de la maldad. Ahora mismo los norteafricanos constituyen la comunidad más amplia de inmigrantes en Bélgica, donde tratan de obtener la nacionalidad. La población belga no tiene demasiados escrúpulos a la hora de discriminarlos y, por ejemplo, la policía los somete a controles con mucha mayor frecuencia que a otras personas. Supóngase que un joven magrebí, como se les suele denominar, golpea a alguien, a un joven belga o a una persona anciana, y que sigue caminando, riendo y jactándose de lo que acaba de hacer. Según Baumeister, su risa no estaría provocada por la paliza en sí, sino por el hecho de haber logrado vengarse de los miembros de un grupo al que desprecia y que le desprecia.

En muchas ocasiones, los perpetradores moralizan su conducta aludiendo a las malas acciones o amenazas provenientes del exogrupo. Los equipos de los candidatos presidenciales en los Estados Unidos realizan actos infames, pero ambos partidos omiten su propia campaña de desprestigio, para atacar la imagen insultante que el otro partido está haciendo circular. En este caso, se puede considerar que los dos partidos se sitúan al mismo nivel de dominio, así como al mismo nivel de maldad. Imagínese lo que puede suceder cuando un grupo es claramente inferior en status, como sucede con los palestinos en Israel. Este último país y su gobierno pueden ser considerados fácilmente (al menos por mí) como un mal atroc; ellos moralizan sus horribles acciones con la excusa de los leves daños que sufren en sus filas y justifican de esta forma los ataques de su ejército y el robo de territorios. La moralización convierte a los palestinos en terroristas. No necesitarían terroristas si tuvieran un ejército regular como Israel. De forma consciente renuncio a hacer lo que hacen muchas personas: referirme a los hechos atroces cometidos por los palestinos. Bajo mi óptica, este punto de vista cae de lleno en la moralización y trata a los palestinos como los únicos malvados que perpetúan la violencia contra Israel, algo que considero como un desequilibrio irónico y triste. Todavía deberíamos ser capaces de distinguir entre elefantes y ratones.

Me doy cuenta de que muchas personas condenarán mi juicio y que otros tantos me verán como antisemita. Pero sean cuales sean mis creencias, son independientes de los últimos párrafos. Conscientemente, he elegido un grupo estimado y lo he transformado en malvado para que las personas comprendan no sólo intelectualmente, sino también afectivamente, la brecha que existe entre las víctimas y sus malvados. En el caso del pedófilo, vimos que el perpetrador no percibe sus acciones como algo muy malo, mientras que las víctimas sienten gran dolor o injusticia. Los belgas justifican su aversión a los norteafricanos por la amenaza que representan y, por ejemplo, no consideran como hostilidad la prohibición del velo musulmán, sino más bien como una iniciativa altruista para liberar a las mujeres de un entorno machista. Por su parte, los

norteafricanos perciben a los belgas como personas que de forma concienzuda les hacen objeto de acciones ilegítimas.

Sin duda los belgas, como los israelíes o Hitler, demonizan a sus enemigos y lo hacen por buenas razones. El endogrupo es virtuoso mientras que el exogrupo es una amenaza y ni siquiera está compuesto por seres humanos. Por lo tanto ¿por qué deberían los miembros del grupo sentirse preocupados por su virtud?

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aquino, K. y Reed II, A. (2002). The self-importance of moral identity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 1423-1440.
- Arendt, H. (1963). *Eichman à Jérusalem. Rapport sur la banalité du mal*. Paris: Gallimard.
- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209.
- Baron, J. (2003). Value analysis of political behavior. Self-interested: Moralistic:: Altruistic: Moral. *University of Pennsylvania Law Review*, 151, 1135-1167.
- Bar-Tal, D. (1990). Causes and consequences of delegitimization: Models of conflict and ethnocentrism. *Journal of Social Issues*, 46(1), 65-81. doi:10.1111/j.1540-4560.1990.tb00272.x
- Bastian, B., Laham, S. M., Wilson, S., Haslam, N., y Koval, P. (2011). Blaming, praising, and protecting our humanity: The implications of everyday dehumanization for judgments of moral status. *British Journal of Social Psychology*, 50, 469-483.
- Baumeister, R. F. (1997/1999). *Evil: Inside human violence and cruelty*. Nueva York: Freeman and Co.
- Boccatto, G., Capozza, D., Falvo, R., y Durante, F. (2008). The missing link: Ingroup, outgroup, and the human species. *Social Cognition*, 26, 224-234.
- Brandt, M. J. y Reyna, C. (2011). The Chain of Being: A Hierarchy of Morality. *Perspectives On Psychological Science*, 6(5), 428-446. doi:10.1177/1745691611414587
- Castano, E., y Giner-Sorolla, R. (2006). Not quite human: Infrahumanization in response to collective responsibility for intergroup killing. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90, 804-818
- Costello, K., y Hodson, G. (2010). Exploring the roots of dehumanization: The role of animal—human similarity in promoting immigrant humanization. *Group Processes and Intergroup Relations*, 13, 3-22.

- Cuddy, A. J. C., Rock, M. S., y Norton, M. I. (2007). Aid in the Aftermath of Hurricane Katrina: Inferences of Secondary Emotions and Intergroup Helping. *Group Processes and Intergroup Relations*, 10, 107-118.
- Demoulin, S., Leyens, J. Ph., Paladino, M. P., Rodriguez, R. T., Rodriguez, A. P., y Dovidio, J. F. (2004). Dimensions of «uniquely» and «non-uniquely» human emotions. *Cognition and Emotion*, 18, 71-96.
- Demoulin, S., Leyens, J. Ph., Rodriguez-Torres, R., Rodriguez-Perez, A., Paladino, M. P. and Fiske, S. T. (2005). Motivation to support a desired conclusion versus motivation to avoid an undesirable conclusion: The case of infra-humanization». *International Journal of Psychology*, 40, 416-428
- Faucheux, C. y Moscovici, S. (1967). Le style de comportement d'une minorité et son influence sur les réponses d'une majorité. *Bulletin du CERP*, 16, 337-360.
- Gaunt, R. (2009). Superordinate categorization as a moderator of mutual Infrahumanization. *Group Processes and Interpersonal Relations*, 12, 731-746.
- Giner-Sorolla, R., Leidner, B., y Castano, E. (2012). Dehumanization, demonization, and morality shifting: Paths to moral certainty in extremist violence. En M. A. Hogg, D. L. Blaylock (Eds.), *Extremism and the psychology of uncertainty* (pp. 165-182). Nueva York: Wiley-Blackwell
- Goff, P. A., Eberhardt, J. L., Williams, M. J., y Jackson, M. C. (2008). Not yet human: Implicit knowledge, historical dehumanization, and contemporary consequences. *Journal of Personality and Social Psychology*, 94, 292-306.
- Gray, H. M., Gray, K, y Wegner, D. M. (2007). Dimensions of mind perception, *Science*, 315, 619.
- Gray, K., Young, L. y Waytz, A. (2012): Mind Perception Is the Essence of Morality, *Psychological Inquiry: An International Journal for the Advancement of Psychological Theory*, 23, 101-124.
- Haidt, J. (2010). *L'hypothèse du Bonheur*. Wavre: Mardaga.
- Haidt, J., y Algoe, S. (2004). Moral amplification and the emotions that attach us to saints and demons. En J. Greenberg, S. L. Koole, T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of Experimental Existential Psychology* (pp. 322-335). Nueva York: Guilford Press.
- Hitler, A. (1924/1934). *Mon combat (Mein Kampf)*, Paris: Nouvelles éditions latines.
- Hodson, G., MacInnis, C.C., y Costello, K. (2014). (Over)Valuing «Humanness» as an Aggravator of Intergroup Prejudices and Discrimination. En P. Bain, J. Vaes, y J. Ph. Leyens (Eds.). *Advances in Understanding Humanness and Dehumanization*. Nueva York: Psychology Press.

- Klein, O., Licata, L. y Pierucci, S. (2011). Does group identification facilitate or prevent collective guilt about past misdeeds? Resolving the paradox. *British Journal of Social Psychology*, 50, 563-572.
- Leach, C. W., Ellemers, N., Baretto, M. (2007). Group virtue: The importance of morality (vs. competence and sociability) in the positive evaluation of in-groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 93, 234-249.
- Le Bon, G. (1895/2009). *Psychologie des foules*. París: Alcan.
- Leyens, J. Ph., Paladino, M. P., Rodriguez, R. T., Vaes, J., Demoulin, S., Rodriguez, A. P., y Gaunt, R. (2000). The emotional side of prejudice : The attribution of secondary emotions to ingroups and outgroups. *Personality and Social Psychology Review*, 4, 186-197.
- Leyens, J. Ph., Rodriguez, A. P., Rodriguez, R. T., Gaunt, R., Paladino, M. P., Vaes, J., y Demoulin, S. (2001). Psychological essentialism and the differential attribution of uniquely human emotions to ingroups and outgroups. *European Journal of Social Psychology*, 31, 395-411.
- Leyens, J. Ph., Demoulin, S., Vaes, J., Gaunt, R., Paladino, M. P. (2007). Infra-humanization: The wall of group differences. *Social Issues and Policy Review*, 1, 139- 172.
- Marques, J. M., Yzerbyt, V. Y., y Leyens, J. (1988). The 'Black Sheep Effect': Extremity of judgments towards ingroup members as a function of group identification. *European Journal of Social Psychology*, 18(1), 1-16.
- Milgram, S. (1974). *Obedience to authority*. Londres: Tavistock
- Moscovici, S. (1979). *Psychologie de minorités actives*. Paris: PUF.
- Opatow, S. (2001). Social injustice. En D. J. Christie, R. V. Wagner, D. Winter (Eds.) , *Peace, conflict, and violence: Peace psychology for the 21st century* (pp. 102-109). Upper Saddle River: Prentice Hall/Pearson Education.
- Osofsky, M. J., Bandura, A. y Zimbardo, P. G. (2005). The Role of Moral Disengagement in the Execution Process. *Law and Human Behavior*, 29, 371-393
- Paladino, M. P., Vaes, J., Castano, E., Demoulin, S., y Leyens, J. Ph. (2004). Emotional infrahumanization in intergroup relations: The role of national identification in the attribution of secondary emotions to Italians and Germans. *Cahiers de Psychologie Cognitive/Current Psychology of Cognition*, 22, 519-536.
- Pereira, C., Vala, J. y Leyens, J. Ph. (2009). From infra-humanization to discrimination: Mediation of symbolic threat needs egalitarian norms. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45, 336-345.
- Reed II, A. y Aquino, K. (2003). Moral identity and the expanding circle of moral regard toward out-groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 1270-1286.

- Reicher, S., Haslam, S. A. y Rath, R. (2008). Making a Virtue of Evil: A Five-Step Social Identity Model of the Development of Collective Hate. *Social and Personality Compass*, 2, 1313-1344.
- Roccas, S., Klar, Y., y Liviatan, I. (2006). The paradox of group-based guilt: Modes of national identification, conflict vehemence, and reactions to the in-group's moral violations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 91, 698-711.
- Sidanius, J., y Pratto, F. (1999). *Social dominance: An intergroup theory of social hierarchy and oppression*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Vaes, J., Leyens, J. Ph., Paladino, M. P. y Miranda, M. P. (2012). We are human, they are not: Driving forces behind outgroup dehumanisation and the humanisation of the ingroup, *European Review of Social Psychology*, 23, 64-106.
- Viki, G., y Calitri, R. (2008). Infrahuman outgroup or suprahuman ingroup: the role of nationalism and patriotism in the infrahumanization of outgroups. *European Journal of Social Psychology*, 38(6), 1054-1061.
- Zimbardo, P. (2007). *The Lucifer effect: Understanding how good people turn evil*. Nueva York: Random House.